

Industrialización y empresas informativas en el Madrid del siglo XIX¹

JOSÉ CARLOS RUEDA LAFFOND
Universidad Complutense de Madrid

1. INDUSTRIALIZACIÓN E IMPRENTA EN EL MADRID DEL SIGLO XIX

1. 1. Del paradigma industrializador a los sectores *no líderes*

Uno de los aspectos que ha presentado una mayor reformulación historiográfica en las últimas fechas es, sin duda, el relativo a las características de la industrialización española. Atrás quedan ya las interpretaciones que planteaban un encaje automático entre el que se consideraba como *modelo paradigmático de la revolución industrial* (el caso británico) y otros ejemplos nacionales o regionales coétaneos. Frente a las valoraciones que cifraban la modernización económica a partir del despegue y desarrollo lineal de dos sectores líderes —el textil y la siderometalurgia—, se ha destacado el papel jugado por otras actividades en apariencia menos relevantes. Desde esta lógica se han multiplicado las aportaciones que desbrozan la significación —cuantitativa y cualitativa— de diversos ramos productivos en apariencia muy alejados del liderazgo industrial, como las industrias de alimentación, la madera, la construcción, los curtidos, la química, el papel y las artes gráficas o las industrias de servicios².

Estos sectores no sólo constituían el aporte fundamental de la estructura fabril española durante los dos últimos tercios del siglo XIX, sino que ocupaban además un puesto de suma trascendencia que, en suma, respondía a la lógica de los condicionantes productivos, políticos o geográficos de aquellas décadas. En efecto, los parámetros en los que se inscribía la industrialización española no hacen sino constatar el sesgo de una economía periférica en la que se produjo

¹ Este artículo se enmarca en el Proyecto de Investigación financiado por la DGICYT «Historia de la edición española contemporánea, 1836-1936».

² Cfr. J. Madal y J. Catalán (eds.) *La cara oculta de la industrialización española. La modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*, Madrid, 1994.

una lenta estructuración del mercado nacional, donde subsistían empresas ligadas al capital foráneo y la regulación estatal (como los ferrocarriles o los grandes establecimientos financieros) con un tejido atomizado de compañías familiares que cubrían un horizonte muy amplio de actividades.

Las dificultades orográficas, las características desiguales de la oferta agraria, los distintos ritmos del desarrollo regional y urbano, la existencia de áreas locales tradicionalmente especializadas o deprimidas, las limitaciones de la financiación, los intereses de la política económica o la discontinuidad empresarial existente entre el siglo XVIII y la revolución liberal actuarían como factores coadyuvantes, no del *fracaso* sino del *retraso*, en una modernización económica pendiente con frecuencia de las ventajas relativas a corto plazo³.

En estos parámetros tiene lugar una peculiar industrialización, donde sectores *no punta* podían adaptar con un mayor grado de eficacia, aunque en ocasiones con lentitud, innovaciones tecnológicas aparentemente dirigidas a otros ramos más dinámicos. Es el caso de la industria harinera catalana, un sector muy activo que tiende a expandirse en el mercado nacional aprovechando la posición central de Barcelona en la red de comunicaciones a finales del siglo XIX tanto como puerto que recibe las exportaciones de grano ruso, como gracias a su posición como punto de salida del tráfico ferroviario hacia el centro de la Península⁴. Es asimismo el ejemplo de la industrialización murciana, que evolucionará desde un sector textil tradicional, predominante durante los dos primeros tercios del siglo, hacia nuevas actividades fabriles —de nuevo, las agroalimentarias— con una creciente capacidad de arrastre sobre el resto de la economía regional⁵.

Es en dichas coordenadas, dominadas por la lenta transformación del marco productivo y la demanda interna, donde ha de inscribirse la permanencia de diversas estrategias empresariales *al por menor*. Un ejemplo característico lo encontraríamos en el conjunto de la prensa durante la segunda mitad del siglo XIX. Se trata de un subsector donde domina la irregularidad o el minifundismo productivo. Pero también las ventajas relativas asociadas a un modelo artesanal que responde a la lógica de los bajos costes y los reducidos beneficios asociados a una demanda muy constreñida.

A lo largo del siglo XIX nos encontraremos así con un modelo de producción periodística que se ajusta a un reducido mercado de bienes y factores. Y no sólo en lo referido a la elaboración o comercialización del producto informativo. El papel que ocupa la publicidad durante todo este período reflejaría a su

³ La bibliografía sobre todas estas cuestiones es, lógicamente, muy abundante. Como estado de la cuestión puede consultarse el trabajo de F. Comín y P. Martín Aceña *Los rasgos históricos de las empresas en España: un panorama*, Madrid, 1996.

⁴ J. Nadal, «La industria fabril española en 1900. Una aproximación», en J. Nadal, A. Carreras y C. Sudriá (comps.), *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona, 1994.

⁵ M. T. Pérez Picazo, «Pautas de industrialización de la región murciana. Del textil al agroalimentario», en J. Nadal y A. Carreras (comps.), *Pautas regionales de la industrialización española, siglos XIX y XX*, Barcelona, 1990, espec. pp. 321-322.

vez la continuidad de un ramo aún incipiente: en 1880 se creó en Madrid un gremio de anunciantes surgido con el objeto de publicar sus reclamos con tarifas más baratas en *El Liberal*. Sin embargo, el capítulo publicitario está aún muy lejos de constituirse en una fuente fundamental de ingresos para cualquier cabecera, y el conjunto de anunciantes particulares que confluyen en el gremio no representan sino una porción testimonial del comercio o los servicios locales⁶.

El tardío surgimiento de la prensa de masas debe ponerse en relación con diversos factores que cuestionarían una hipotética linealidad donde se relacionase, sin más matices, los productos periodísticos *modernos* con variables como su menor precio, la tendencia a incluir unos contenidos cada vez más diversificados o la incorporación de sucesivos logros formales. Más bien, la prensa de consumo masivo despuntaría muy lentamente —y no tanto como fórmula empresarial alternativa, sino como producto complementario—, en un escenario dominado por la irregularidad y la fragmentación de una demanda muy voluble. Ésta se ajustaría, en sus grandes trazos, a la lógica mercantil de una rentabilidad muchas veces ínfima, con cuotas de mercado limitadas, bajos costes y reducidísimas tiradas.

La articulación de la sociedad de masas, enmarcada en una cronología amplia que abarcaría como límites extremos el último tercio del XIX y el primero del XX, no supone la concreción de clases cerradas u homogéneas, sino de estructuras sociales cada vez más plurales donde confluyen grupos profesionales y colectividades diversas⁷. Este magma social consumirá, y cada vez más, nuevos productos periodísticos de corte *generalista*. Pero en las primeras décadas del siglo XX buena parte del público lector no se ha desligado —y todavía refleja— una trama abigarrada de productos. En ella continúan confluyendo las pequeñas cabeceras explícita o implícitamente políticas, las numerososísimos boletines que representan o vocean intereses profesionales, corporativos y societarios, los innumerables periódicos oficiales. Y todo un abanico de publicaciones de tintes más o menos especializados, dirigidas a asuntos tan dispares como los *intereses materiales*, el toreo, la lotería, la literatura y las bellas artes, los remedios milagrosos, la infancia, las oposiciones, la represión de la trata de blancas o la taquigrafía.

⁶ Tales rasgos han sido puestos de relieve en nuestra categorización de la prensa económica y financiera desarrollada en *La comunicación financiera en Madrid, 1856-1914. Ahorro, oferta informativa y comportamientos económicos en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Tesis Doctoral inédita, 1999. Las líneas maestras del negocio publicitario en la prensa madrileña de los primeros años de la Restauración han sido destacadas por J. T. Álvarez en *Restauración y prensa de masas. Los engranajes de un sistema, 1875-1883*, Pamplona, 1981, pp. 174-177. El proceso de creación del gremio de anunciantes vinculado a *El Liberal* puede seguirse en S. Castillo, «La prensa diaria de Madrid: notas para el análisis de las estadísticas del timbre, 1873-1887», en M. Tuñón de Lara y oo. (eds.) *Prensa y sociedad en España, 1820-1936*, Madrid, 1975, pp. 165 y ss.

⁷ J. P. Fusi, «La Edad de las Masas, 1870-1914», en *Cambios sociales y modernización, Historia Contemporánea*, 1990, 4, pp. 261-262.

Todos estos ejemplos son los propios de un panorama social y productivo complejo, donde se combina la modernización económica con las persistencias, las resistencias y las graduales adaptaciones. Antonio Gómez Mendoza ha señalado como correlato lógico de la oposición entre «estancamiento e inmovilismo» y «modernización y dinamismo» la coexistencia de actividades arcaicas, propias de la sociedad tradicional, apoyadas en la escasa innovación técnica, la reducida escala de operaciones o la modestia inversora, y un reducido número de empresas dinámicas que despuntan en ámbitos muy localizados —industrias de servicios, químicas, siderometalúrgicas...— como peculiar traducción española de la segunda revolución industrial⁸.

Entre ambos extremos conviviría un universo dispar de talleres y comercios que incluso serán capaces de ofertar nuevos productos mediante viejas técnicas, o de cubrir satisfactoriamente una demanda desatendida por otras empresas aparentemente más sólidas y estables. Es lo que también podría hacerse extensivo al ejemplo de las casas de banca privadas, una trama muchísimo más eficaz que las escasas sociedades financieras anónimas o la banca de depósitos: estos negocios no sólo no resultaron residuales, sino que mostraron a lo largo de la segunda mitad del XIX una innegable eficiencia para cubrir las necesidades inmediatas de una clientela muy cercana⁹.

1. 2. Modernización y pervivencias en la comunicación impresa madrileña

El crecimiento urbano tampoco asegura una reproducción automática de actividades o actitudes que podríamos traducir mecánicamente como modernas. Madrid contaba a finales de los años setenta con casi 400.000 habitantes, 200.000 más que a inicios de los años cuarenta. Pero las estadísticas oficiales nos dibujan aún una estructura profesional donde se combinan epígrafes laborales propios del Antiguo Régimen con categorías protoindustriales: una base popular sobredimensionada de «trabajadores sin capital», compuesta por un contingente de inmigrantes sometidos al un movimiento cíclico que combina el jornal en las tareas agrícolas y su presencia estacional en el mercado de mano de obra madrileño. Un sólido apartado de funcionarios y militares, dependientes de la paulatina complejidad administrativa que va adquiriendo el Estado y de los servicios cortesanos que aún perviven como sustento de la Corte y la *ciudad imperial*. A ellos se añadiría el volumen todavía raquíptico de profesionales, ejemplificado en la estadística abajo recogida en los escasos abogados, maestros, médicos y «demás clases científicas y artes liberales» citados. También un

⁸ A. Gómez Mendoza, «Depresión agrícola y renovación industrial; 1876-1898», en J. L. García Delgado (ed.) *España entre dos siglos. Continuidad y cambio*, Madrid, 1991, pp. 135-136.

⁹ Para todo lo anterior, J. R. García López, «Banqueros y comerciantes-banqueros, clave oculta del funcionamiento del sistema bancario español del siglo XIX», en *Moneda y Crédito*, 175, 1985, pp. 59-85.

Cuadro I. Categorías socio-profesionales madrileñas, 1868

Grupos de clasificación	Número absoluto
Eclesiásticos	3.206
Empleados activos y pasivos y militares	27.004
Maestros	1.568
Abogados, notarios y procuradores	2.024
Médicos, arquitectos y otros profesionales	2.407
Propietarios, arrendadores, comerciantes y fabricantes	35.332
Empleados de los ferrocarriles	1.535
Artesanos, jornaleros y sirvientes	152.683
Pobres	4.742
Impedidos	1.341

FUENTE: F. J. de Bona: *Anuario Administrativo y Estadístico de la provincia de Madrid para el año 1868*, Madrid, 1869, pp. 70-71.

heterogéneo capítulo de propietarios —categoría que engloba un horizonte social que abarca desde el noble de viejo cuño hasta sectores de la nueva burguesía rentista—, al que deben sumarse otros aportes de comerciantes y fabricantes artesanales. Y por fin, un no desdeñable aporte de lumpen urbano, formado por el monto de los que se contabilizan como «pobres de solemnidad».

Madrid nunca optó por una decidida dinámica industrializadora. Si comparamos los indicadores referidos a 1850 y 1905 constatamos algunas modificaciones en la estructura industrial madrileña, pero, en puridad, las improntas más bien artesanales siguen siendo las mismas: la mayor industria es la de la construcción, y existe un predominio absoluto de la producción de bienes de consumo y, en mucha menor medida, de artículos suntuarios. Además, aunque el número de industriales se incrementa (alrededor de 2.000 en 1850, 6.000 en 1905) y se produce un claro aumento en el número de establecimientos fabriles emplazados en el extrarradio (se incrementan en un 300% entre 1879 y 1897)¹⁰, las innovaciones técnicas o el impacto de la fuerza motriz son tan escasos que, sin duda, parecen predominar mucho más los elementos de continuidad que los de cambio¹¹: el recuento de la fuerza motriz en el año de 1885 elaborado por *La Gaceta Industrial* pone de relieve la modestia industrial y la pujanza de las actividades ligadas al consumo inmediato. Las catorce fábricas dedicadas a la fundición contaban con quince máquinas que producían 134 caballos de vapor. Pero, por el contrario, en la misma fecha tan sólo cinco fábricas de harina disponían ya de más del doble de esa potencia.

¹⁰ J. L. García Delgado, «Madrid en los decenios interseculares: la economía de una naciente capital moderna», en J.L. García Delgado (ed.) *Las ciudades en la modernización de España. los decenios interseculares*; Madrid, 1992, pp. 410-411.

¹¹ S. Juliá, «Madrid, capital del Estado (1833-1993)», en *Madrid, historia de una capital*, Madrid, 1994, pp. 338-339.

En este escenario de transición incide, desde luego, el carácter adquirido por Madrid como capital económica de un mercado nacional que está aún en pleno proceso de articulación. No es casual, en este sentido, que la estadística laboral arriba recogida detalle el primer aporte de trabajadores ferroviarios contratados para el nuevo servicio. Sin embargo, la definición de la red del ferrocarril dependió mucho más de las necesidades externas a la ciudad que de su demanda interior, siempre raquítica. Madrid tendía a convertirse en un nudo de intercambio, en el punto de paso obligado donde converge buena parte del tráfico ferroviario de mercancías y viajeros¹², actuando del mismo modo que al distribuir los aportes de capital foráneo o de capital antillano repatriado.

Sin embargo, la centralidad de Madrid en las infraestructuras de la comunicación —centralidad que posee, en primer término, un sentido político y simbólico— jugó un papel determinante para asegurar el flujo informativo y para dotar de contenido al sesgo, indiscutido ya, adquirido por la ciudad como capital periodística. La vertebración de la red telegráfica eléctrica a partir de 1855, y la telefónica desde 1882, facilita a lo largo de la segunda mitad del siglo un incremento en la oferta de información que incide potencialmente sobre la propia estructura del periódico, al permitir la incorporación de una relación cada vez más extensa (y más inmediata) de despachos. Otro tanto puede afirmarse respecto al Correo, que facilita el envío a provincias de la hegemónica prensa madrileña con tarifas cada vez más reducidas. En este sentido las estadísticas son aplastantes: Madrid es la provincia española que presenta un mayor gasto en sellos de franqueo y en timbres de periódicos. En 1862 sumó más del 75 por ciento del total de lo recaudado por el Estado por este último concepto¹³.

Uno de los epígrafes más representativos de la estadística proporcionada por la *Gaceta Industrial* en 1885 es el que corresponde a las imprentas: los dieciséis talleres registrados en aquel año contaban con otros tantos motores de gas capaz de producir 55 caballos de vapor. Esta relevancia de la industria en el escenario productivo local está en correspondencia con el papel de Madrid como núcleo editorial y periodístico. Según los datos relativos a la Contribución industrial de 1846, reproducidos por Madoz, a los 67 «impresores o dueños de imprentas» habría que sumar otros once editores de periódicos, 40 encuadernadores de libros, 38 librerías con tienda y almacén o siete establecimientos de litografía. Por su parte, a la altura de 1905, del total de 7.190 *industrias* registradas en la capital, 341 se dedicaban al «libro y similares». De ellas, 102 eran imprentas, 80 talleres encuadernadores, 54 litografías y 45 establecimientos especializados

¹² A. Gómez Mendoza, «Ferrocarril, abastecimiento y mercado nacional: Madrid, 1875-1913», en A. Bahamonde y L. E. Otero *La sociedad madrileña durante la Restauración*, Madrid, 1989, vol. I, pp. 351-375.

¹³ A. Bahamonde, L.E. Otero y G. Martínez Lorente, *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936*, Madrid, 1993.

en la impresión de tarjetas. En total, empleaban alrededor de 6.000 de los poco más de 92.000 trabajadores registrados¹⁴.

A lo largo de la segunda mitad del siglo la ciudad presentó un contingente de impresores mayor al ofrecido por cualquier otra provincia, rondando cifras que superaban los 70 en la década de los sesenta, y que pasarán del centenar en los albores del siglo xx. Muy por debajo quedarían Barcelona Cádiz, Sevilla, Valencia o Zaragoza. A estos aportes deben añadirse otros epígrafes vinculados —y habitualmente confundidos— con la producción impresa. Estas confusiones aparecen en cualquier estadística de la época¹⁵. Es lo que ocurre con las múltiples relaciones de «libreros y editores», epígrafe ambigüo donde se reúnen, a lo largo de todo el período, muy distintos profesionales. Por ejemplo, a la altura de 1912 se seguían contabilizando junto al librero Francisco Beltrán, los talleres de Hauser y Menet o los de diversos periódicos como *La Construcción Moderna*, *El Consultor de los Ayuntamientos*, *La Gaceta Administrativa*, *Revista Minera o Revista de Medicina y Cirugía prácticas*¹⁶.

Especialmente representativo es el incremento de los talleres especializados en la litografía. Las técnicas litográficas se habían introducido en España en 1818. En 1856 los establecimientos madrileños especializados en estas labores rondaban la cuarentena, y en 1872 se contabilizaron 52, describiendo así un desarrollo perfectamente ajustable a la cronología que pauta el surgimiento y primera consolidación de la prensa ilustrada.

El desarrollo de la litografía en los años centrales del XIX no es más que un indicador del innegable impacto que la innovación tecnológica provoca sobre la trama de impresores y editores españoles. En efecto, en un lapso muy breve de tiempo, va a asistirse al alumbramiento —y a la aplicación paulatina— de una sucesión de *adelantos técnicos y materiales* que inciden de forma determinante sobre la producción impresa. Entre 1840 y 1845 se abren en España las primeras fábricas capaces de producir papel continuo. A mediados de aquella década se ha instalado ya la fábrica de Rascafría. En 1862 hay tres fábricas de papel continuo en la capital, y, en las mismas fechas, más de una veintena de máquinas instaladas, si bien todas ellas de procedencia foránea¹⁷. A ellas habrá que sumar las máquinas de reacción que permiten tiradas superiores a las 3.000 hojas-hora.

¹⁴ P. Madoz, *Diccionario geográfico-histórico-estadístico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, 1846-1850, X, p. 973-979. Ministerio de Fomento, *Memoria acerca del estado de la industria en la provincia de Madrid en el año 1905*, Madrid, 1907.

¹⁵ Estas cifras no pueden ser sino provisionales y meramente aproximativas. En el marco del proyecto de investigación sobre la Historia de la edición española contemporánea, dirigido por el profesor J. Martínez Martín y financiado por la DGICYT, se ha procedido a un vaciado sistemático de los fondos relativos a los libros de matrícula del Subsidio Industrial y Comercial comprendidos durante la segunda mitad del siglo XIX.

¹⁶ E. Romo, *Anuario de la Librería Española, portuguesa e hispano-americana para 1912*, Madrid, 1912, p. 127.

¹⁷ F. Jiménez Guted, *Guía fabril e industrial de España de 1862*, Madrid, 1863, p. 120.

Estas mejoras se introducen en un ramo productivo sin duda potencialmente dinámico y con enorme una capacidad de arrastre tecnológico. En este marco la prensa despunta además —si bien de forma ocasional— como receptor privilegiado de las posibilidades técnicas e infraestructurales. Madoz afirma que a finales de los años cuarenta la Imprenta de Espinosa, editora del periódico *El Herald*, contaba ya con una máquina Tonneller de dos cilindros capaz de imprimir 700 ejemplares a la hora, con una Normand que podía duplicar esa cantidad y con una prensa Stanhope y otra Bonaplata. A su vez, la empresa editora de *Las Novedades* y *La Ilustración* disponía desde diciembre de 1850 de maquinaria a vapor de 7 HP, que facilitó una tirada global de ambas cabeceras en 1855 de más de cinco millones de ejemplares¹⁸.

A lo largo del último tercio del XIX asistiremos a la gradual extensión de la aplicación del vapor y el gas como fuerzas motrices. A ello habrá que sumar la introducción de las primeras rotativas y linotipias. *El Imparcial* las instala en 1877 y 1895 respectivamente. En 1884 las dos rotativas de este diario tienen una capacidad de impresión de 20.000 ejemplares por hora, y la rotativa que poseé *La Correspondencia de España*, de alrededor de 23.000 ejemplares¹⁹. A inicios del siglo XX, 35 imprentas disponen de rotativas en toda España, de las que cinco de ellas están emplazadas en los talleres de *El Imparcial*. A la altura de 1913, la prensa de la capital cuenta, en su conjunto, con 17 de estas máquinas, además de con seis linotipias y 28 Marinoni.

Pero la *capacidad de succión tecnológica* de las cabeceras más dinámicas de la prensa madrileña no debe hacernos olvidar el peso de los usos tradicionales en la imprenta o en la mayor parte de los talleres periodísticos madrileños. En 1913 sólo un 27% de las cabeceras publicadas en la capital declararon algún tipo de maquinaria en la *Estadística de la Prensa Periódica*. A su vez, más de un 80% reconocieron que la maquinaria empleada no era propiedad del periódico o la revista. Y frente al utillaje más moderno, domina todavía en la estadística la máquina plana empleada para elaborar la impresión en pliegos de cuatro páginas.

J. F. Botrel recuerda en este sentido la pervivencia en la imprenta española del último tercio del XIX de equipos antiquísimos, en ocasiones fabricados en el siglo anterior. A ello se añadirá la permanencia muy extendida de la fuerza motriz a mano o los hábitos seculares en lo relativo a la composición en la inmensa mayoría de periódicos, revistas o libros. Tales caracteres no obvian ocasionalmente la complementariedad entre viejas y nuevas técnicas. Como también indica Botrel es frecuente encontrar imprentas especializadas en obras que exigen la aplicación de innovaciones tecnológicas o mejoras formales y que mantienen otros servicios realizados de manera mucho más tradicional²⁰.

¹⁸ P. Madoz, *Diccionario...*, p. 970 y J. L. García Delgado, «La economía de Madrid en el marco de la industrialización española», en *Pautas regionales...*, pp. 252-253.

¹⁹ J. M. Desvois, «El progreso técnico y la vida económica de la prensa en España de 1898 a 1936», en J. L. García Delgado, *España, 1898-1936. Estructuras y cambio*, Madrid, 1984, p. 98.

²⁰ J. F. Botrel, *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, 1993, pp. 212, 221 y 234-235.

En cualquier caso parece evidente que la mayor parte del ramo editorial continuaba caracterizándose por los trazos de la lentísima recepción de mejoras y por la elaboración de cuidadas impresiones «que no desmerecen ciertamente de las buenas extranjeras»²¹. Esta característica debe ponerse en relación, lógicamente, con otros aspectos, como el minifundismo productivo generalizado, la extrema irregularidad, las limitaciones en la financiación o el raquíptico volumen de mano de obra empleado en los talleres o las redacciones.

Es muy ilustrativo en este sentido recordar la debilidad empresarial que pervive en el tejido editorial incluso a inicios de la década de los años veinte. El *Censo* de 1920 fijaba en 217 y en 67 el número de empresarios madrileños dedicados respectivamente a la industria y a la comercialización de libros. La *Estadística Industrial* correspondiente al mismo año registraba, a su vez, seis industriales que trabajaban en «artes gráficas», tres casas editoriales, 137 talleres de fotograbado, 42 de encuadernación, 43 litografías, 22 redacciones de periódicos y 146 imprentas. Y la *Estadística obrera* recogía la existencia de 638 encuadernadores y 2.135 tipógrafos²².

Por el contrario, a la altura de 1923, las sociedades anónimas *informativas* —es decir, las agencias de noticias, editoriales, librerías, industrias fotográficas o empresas periodísticas— se reducían a tan sólo 21 compañías. Además, éstas presentaban por lo general un volumen de capital muy modesto, donde en ocasiones el desembolsado sólo alcanzaba las 70.000 pesetas (Cuadro II)²³. En muchos casos (Agencia Fabra, Biblioteca Hispania, Editorial Núñez Samper, «España», Esterográfica Española, El Financiero...) por su estructura y características estarían más cerca del tejido inversor y productivo prototípico de las elites económicas *locales* —las dedicadas básicamente al comercio, las labores mercantiles, la industria alimentaria o la fabricación de artículos de primera necesidad que se consumen en la ciudad— que de las sociedades anónimas industriales, financieras y de servicios más activas o con mayor volumen de capital²⁴.

Los cierres, liquidaciones, ventas o fallecimientos proporcionan una perspectiva aproximada acerca del capital invertido en la imprenta madrileña del XIX. Habitualmente nos encontramos con tasaciones exigüas que pueden rondar los 30.000 y 40.000 reales en los años cincuenta y sesenta, o apenas las 100.000 pesetas a inicios del siglo XX: es el caso de la tasación realizada en 1911 sobre la imprenta de Eduardo Minuesa, una de las más representativas en el Madrid de su tiempo, y que incluía una docena de máquinas, el papel, los muebles y

²¹ «La industria madrileña. Lo que fue y lo que es hoy», en *Madrid, 1909*, Madrid, 1909, p. 71.

²² Ayuntamiento de Madrid-Junta Local del Instituto de Reformas Sociales, *Estadística de Trabajo. Anuario de 1920*, Madrid, 1921.

²³ *Anuario Financiero y de Sociedades Anónimas de 1923*, Madrid, 1923, II, pp. 449-456.

²⁴ J. C. Rueda, «El tejido social y económico madrileño a través del *Anuario Financiero y de Sociedades Anónimas de 1923*», *Espacio, Tiempo y Forma*, V-3-1, 1990, pp. 365-384. Unos rasgos muy diferentes son los presentados por la Sociedad Editorial de España en ese mismo año. El trust, especializado en la publicación de periódicos y revistas y en otros trabajos editoriales, había repartido un dividendo en el período 1913-1921 de entre un 6 y un 2,4 por ciento.

Cuadro II. Sociedades anónimas informativas en Madrid, 1923

Denominación	CN	CD
Agencia Telegráfica Fabra	0,1	0,1
Biblioteca Hispania	0'1	0'07
Calpe	12	6
Sociedad Editorial de España	10	7
Editorial Núñez Samper	2	2
Editorial Reus	2	1,9
«España»	0,5	0,2
Estereográfica Española	0,3	0,3
El Financiero	1	1
Gráficas Reunidas	2,5	2,5
El Imparcial	2,5	1,8
Soc. Industrial Fotográfica	1	0,4
Kodak	1,5	1,5
La Libertad	2,7	2,2
Mateu Artes Gráficas	10	2,5
Prensa Española	3	3
Prensa Gráfica	1,5	1,5
«Radio»	0,4	0,1
El Sol	1	0,7
Sucesores de Rivadeneyra	2	2

(En millones de pesetas).

CN: Capital nominal; CD: Capital desembolsado.

FUENTE: *Anuario Financiero y de Sociedades Anónimas, 1923.*

otros enseres del establecimiento. A esta secular modestia financiera se añadía la desigual dimensión de los talleres editoriales y periodísticos y la abundancia de establecimientos que contaban con un reducido volumen de mano de obra: que el impresor Francisco de Paula y Mellado emplease 120 operarios en 1847 y que Manuel Rivadeneyra diese trabajo a 130 obreros en 1880 son muestras esporádicas de una concentración laboral que, sin duda, no marca la tónica en un sector dominado por las pequeñas aglomeraciones de asalariados que, a su vez, presentan claras disparidades retributivas y de cualificación²⁵.

Todos estos aspectos están en relación también, lógicamente, con los contradictorios parámetros discursivos que definen al obrero tipógrafo en el Madrid finisecular. De los alrededor de mil tipógrafos con que contaba la capital a inicios de los años setenta surgirá la Asociación General del Arte de Imprimir, la sociedad que nutre, hasta finales del siglo, al socialismo madrileño²⁶.

²⁵ J. F. Botrel, *Libros, prensa...*, pp. 239-240; J. Martínez Martín «Libros y librerías: el mundo editorial madrileño del siglo XIX», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXI, 1989, p. 154.

²⁶ J. J. Morato (con estudio preliminar de S. Castillo), *La cuna de un gigante. Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir*, Madrid, reed. 1984.

La huelga general en los establecimientos tipográficos de la capital que tiene lugar en 1881 servirá como punto de inflexión para la articulación de un sindicato de clase —la Unión General de Trabajadores— que finalmente se constituye siete años después. Pero tanto la *consciencia de clase* como el innegable grado de movilización de estos estratos ofrecía evidentes desajustes: el tipógrafo madrileño, emblema de la *aristocracia obrera* de su tiempo, se insertaba en un marco laboral donde todavía existían viejos hábitos de fidelidad gremial. En la práctica, su nivel de renta —percibían unos salarios que pueden alcanzar entre las siete y las diez pesetas mensuales en 1900— no se diferenciaba en mucho del de sus denostados patronos. Y el recurso esporádico a la huelga —en puridad, el instrumento de conflicto consustancial de las *sociedades industriales*—, no obviaba ni la persistente contaminación de los viejos referentes del republicanismo entre aprendices u obreros poco cualificados (como el mito de la democracia artesanal), ni el discurso oficialista que combinaba la más pura simplificación del marxismo (el guesdismo) con la «crítica moral al sistema»²⁷.

2. IMPRENTA Y DIVERSIFICACIÓN EMPRESARIAL: UNA APROXIMACIÓN A LOS NEGOCIOS DE FRANCISCO DE PAULA Y MELLADO.

Del balance sobre la dualidad establecida entre industrialización e imprenta en el Madrid del siglo XIX pueden derivarse varias conclusiones. En primer término, destacaba el sesgo *industrioso* —que no industrial— que dominó toda la estructura productiva de la capital y que, incluso, se proyectó sobre el siglo XX. Las características arriba apuntadas —la irregularidad y el minifundismo, los bajos rendimientos, las escasas inversiones, la naturaleza familiar de los negocios...— se presentaron como consustanciales a lo largo de toda la centuria para un sector que se ha liberado jurídicamente de los encorsetamientos gremiales en 1837.

Los rasgos señalados resultaban operativos en estrategias empresariales al por menor, volcadas hacia una demanda constreñida y que exigían un capital fijo o unas amortizaciones reducidas. No obstante, la imprenta (y sobre todo, aquella prensa que paulatinamente se definía como de *empresa*) actuará oca-

²⁷ Todas estas contradicciones, que en la práctica no son sino un reflejo de la especificidad asociativa, laboral y productiva de las capas populares madrileñas que arriban al siglo XX, han sido analizadas por F. Sánchez Pérez en *Protesta colectiva y cambio social en los umbrales del siglo XX, Madrid, 1914-1923*, Madrid, 1994. Para una inserción de las protestas *modernas* en el universo de los movimientos populares de la ciudad contemporánea, J. S. Pérez Garzón y F. del Rey «Conflictos y protestas. De la ciudad liberal a la ciudad democrática, 1808-1978», en *La sociedad urbana en la España contemporánea*, Barcelona, 1994, pp. 259-321. Las claves del discurso oficial del socialismo español —o lo que es lo mismo, del socialismo madrileño— pueden seguirse en C. Forcadell, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*, Barcelona, 1978 y en M. Pérez Ledesma, *El obrero consciente*, Madrid, 1987.

sionalmente como un receptor básico para la incorporación de innovaciones tecnológicas, en un proceso donde podrá combinarse la tendencia hacia la concentración, el incremento notable de la mano de obra y la elaboración de productos dirigidos a un consumo cada vez más amplio.

Estos aspectos apenas despuntan en el siglo XIX, y sólo en algunos ejemplos excepcionales podremos apreciar una estrategia donde se complemente la capacidad de succión tecnológica con la producción masiva de impresos o con una diversificación empresarial que conciba al negocio editorial y periodístico como matriz para una acumulación original de capital. Este parece ser el caso del Marqués de Santa Ana, propietario de *La Correspondencia de España* y de la Sociedad General de Anuncios, y al tiempo, impresor y fabricante de papel²⁸. Y lo es, sin duda, en el ejemplo de Francisco de Paula y Mellado.

Pascual Madoz detalla las actividades y la relevancia del establecimiento tipográfico y comercial dirigido por Francisco de Paula y Mellado en el Madrid de finales de los años cuarenta. El inmueble constaba de cuatro plantas, donde se distribuían los talleres, la redacción, la administración, el almacén de libros, así como varias viviendas para operarios y dependientes. La imprenta contaba con 11 prensas Stanhope, dos prensas mecánicas para impresión y 16 fundiciones de caracteres. Además, disponía de un taller de encuadernación a la rústica con otras dos prensas, y de «una máquina para cortar papel, de mucha utilidad y poco generalizada hasta ahora en España». En 1847 trabajaban en el establecimiento 121 operarios. El coste de los salarios ascendió a casi 400.000 reales, cantidad a la que habría que sumar, además, otro millón dedicado a pagar labores de encuadernación, tareas de dibujo, grabado y litografía y las resmas de papel de imprimir. En aquel año habían sido impresos 218.903 volúmenes, habiéndose vendido o suscrito 182.723, de ellos 45.312 sólo en Madrid²⁹.

El establecimiento tipográfico de Mellado estaba plenamente asentado en el decenio de los cincuenta, y sin duda encarnaba ya la elite del sector. En las normas generales de la Librería, dadas a conocer en 1859 afirmaba, no vender en comisión. Mantenía una red de corresponsales extendida por toda la Península, encargada de servir los envíos por correo. Además, remitía obras a Ultramar, transportadas por vapores británicos o norteamericanos que partían desde puertos españoles y franceses³⁰.

La primera gran colección publicada por Mellado fue la *Biblioteca Popular Económica* (1844), que alcanzó a finales de la década los 90 volúmenes y una tirada global de más de 10.000 ejemplares. A la altura de 1860, el establecimiento poseía un fondo integrado por alrededor de doscientos títulos: un nutrido volumen de obras históricas (de autores como Modesto Lafuente, Antonio

²⁸ J. Timoteo Álvarez, *Restauración...*, pp. 174-177.

²⁹ P. Madoz, *Diccionario...*, p. 969.

³⁰ Banco Industrial y Mercantil, *Catálogo general de la Librería Española y Francesa*, Madrid, 1866.

Pirala, Thiers o Francisco Javier de Burgos), sobre religión católica (Ramón Múñiz y Andrade: *El púlpito católico. Historia de la elocuencia sagrada*) y una amplia panoplia de diccionarios, obras enciclopédicas y libros de viaje.

La *Enciclopedia moderna: Diccionario universal de literatura, artes, agricultura, industria y comercio*, publicada en 1851 fue presentada como una de las obras emblemáticas de la imprenta. Se trataba de una versión al castellano de la Enciclopedia Francesa de Didot. Constaba de 34 volúmenes, y su precio iba desde los 860 reales en Madrid a los 999 en provincias. La calidad de los colaboradores era, sin duda, apabullante: Eugenio Hartzenbusch (redacta la sección dedicada a autores dramáticos), Eugenio de Ochoa (literatura española), Manuel Bretón de los Herreros (historia de la declamación), Ramón de Mesonero Romanos (Madrid), Pedro de Madrazo (bellas artes), Modesto Lafuente (historia de España) o Antonio Pirala (guerra civil)³¹.

Es indudable que la imprenta de Mellado despunta con claridad frente a los trazos característicos que definían el negocio editorial en la capital en el ecuador del XIX. Pero, además, la actividad desarrollada por Mellado entre los años cuarenta y finales de la década de los sesenta evidencian una ligazón que, en pureza, no volveremos a encontrar hasta el primer tercio del siglo XX: la vinculación entre el mundo editorial y otras ramas productivas que pretenden asegurar una diversificación empresarial sólida. La imprenta —que a inicios de los cincuenta posee ya un importantísimo fondo bibliográfico y editaba diversas publicaciones periódicas— y la responsabilidad personal del fundador se constituirán en garantías para una trama societaria donde se enmarcan otras entidades financieras o industriales.

En abril de 1852 se formó la sociedad Biblioteca Española, con el objeto de la edición y comercialización de obras impresas y la difusión de la labor editorial. Subsidiariamente podría dedicarse también a la compra-venta de títulos oficiales. Admitía imposiciones de un mínimo de cien reales, justificando esta participación de los particulares bajo la idea de «estimular la economía y el ahorro» que la compañía quería fomentar³². Se aseguraba que las imposiciones obtendrían un interés mínimo de un seis por ciento anual, además de la rentabilidad aparejada a los beneficios obtenidos por el establecimiento editorial y a los producidos por las otras entidades dirigidas por su director (Caja de Seguros y Caja de Comercio). El capital inicial de la compañía fue de dos millones de reales.

La buena marcha del negocio se puso de manifiesto a la luz de las cifras parciales proporcionadas por la empresa desde finales de los años cincuenta: en 1859 habían invertido sus ahorros 700 personas, y la primera liquidación de in-

³¹ *Almanaque-catálogo. Album pintoresco del establecimiento tipográfico de D. Francisco de Paula y Mellado*, Madrid, 1860.

³² La Biblioteca se constituía con el objeto de «dar empleo, con beneficio seguro, a los pequeños capitales, y a realizar toda clase de negocios relativos al ramo de imprenta o librería. A este fin está unida al establecimiento tipográfico»; F. de P. Mellado, *Reglamento orgánico de la Biblioteca Española, 15-XII-1859*, Madrid, 1860.

tereses rondó los 800.000 reales³³. En 1863, al extinguirse la sociedad, se estimará que la Biblioteca Española había proporcionado unos rendimientos globales a sus suscriptores de alrededor de un 120 por ciento. El capital nominal de la entidad se incrementó en 1860 hasta los ocho millones de reales, y el efectivo rondaba, en 1863, los 17 millones. En aquel año, los suscriptores se aproximaban a 4.500 personas, y sus fondos bibliográficos a 32.000 volúmenes.

Seis años después, en vísperas de la quiebra del entramado empresarial de Mellado, su nuevo catálogo bibliográfico se ha incrementado sensiblemente. Dispone de un total de 384 obras en castellano, con precios que rondan entre los cuatro y los 320 reales. A este fondo se añaden otras 162 publicaciones en francés (suman un fondo total de 198.000 volúmenes), comercializadas en la librería filial adquirida en París en febrero de 1864 (Librería de Morizot, hasta entonces propiedad del editor A. B. Laplace), en la Librería Española de Dené Schmit y en el establecimiento madrileño de la calle Santa Teresa. Este fondo complementario incluye novelas históricas, biografías, diccionarios, obras de historia del arte, de devoción, literatura española o libros de viaje³⁴.

Además de la edición de libros, la imprenta publicaba también varias revistas, como *La Abeja Literaria*, *El Globo Ilustrado*, *El Museo de las Familias* o *El Museo de los Niños*. *El Museo de las Familias. Periódico mensual pintoresco* se inserta dentro de los parámetros característicos de la prensa ilustrada madrileña en el ecuador del siglo XIX, si bien presenta una calidad literaria y estética menor que la ofrecida por otras cabeceras, como el *Semanario Pintoresco* y *La Ilustración*, de Angel Frenández de los Ríos, o *El Museo Universal* de los editores Gaspar y Roig³⁵. Se publicó entre 1843 y 1868 como revista dedicada a un abanico de temas diversos, que incluía la crónica de viajes, las reseñas históricas, la información médica, las bellas artes, los folletines o las biografías. Entre sus colaboradores se encontraban Eugenio de Ochoa, José Muñoz Gaviria, Fernán Caballero o Bretón de los Herreros³⁶.

Como extensión del negocio matriz, desde mediados de los cincuenta se observa una paulatina multiplicación de las actividades emprendidas por Francisco de Paula y Mellado. El primer paso en esta dirección es la constitución de la Caja de Seguros para la redención de quintos. Entidades de esta naturaleza no eran nuevas, y, tal y como afirma A. Feijóo Gómez, deben encuadrarse dentro de la lógica que rige la participación de la ciudadanía en el servicio en armas durante el siglo XIX. La posibilidad de *redimir* o *sustituir* el servicio en filas representaba una vía de ingresos complementaria para el Estado. Este autor ha es-

³³ *Biblioteca Española, fundada y dirigida por Francisco de Paula y Mellado*. Madrid, calle de Santa Teresa, 8, Madrid, 1859.

³⁴ *Catálogo general de la Librería Española y Francesa del Banco Industrial y Mercantil*, Madrid, 1866.

³⁵ M. C. Seoane, *Historia del periodismo en España*. 2.— *El siglo XIX*, Madrid, 1983, pp. 190-191.

³⁶ Su objeto era el de «ser amigo de las familias, en cuyo seno puede penetrar sin ningún riesgo, porque no hay en sus artículos ni una frase, ni una idea ni una palabra contraria a los principios más severos de la moral y buenas costumbres»; *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, 5-I-1866.

timado que el coste de la redención abarcó entre los 6.000 y los 8.000 reales a lo largo del siglo, y el de la sustitución, entre 2.500 y 5.500 reales. Con el fin de centralizar este tipo de operaciones e ingresos, basadas en el sacrificio del *impuesto de sangre*, se creó el Consejo General de Redención y Enganches del Servicio Militar en 1859³⁷.

En este contexto no es extraña la multiplicación de compañías privadas especializadas en el préstamo de fondos para la redención o sustitución de quintos, o las compañías de seguros dedicadas a la formación de rentas y a cubrir al asegurado en caso de que éste fuese llamado a filas. Tampoco lo es que este tipo de negocios floreciese en coyunturas específicas, como los años cincuenta y sesenta —en relación con la vitalidad adquirida por otros servicios financieros populares, como las sociedades de seguros mutuos generales o las cajas de imposición—, o durante los años críticos del conflicto hispano-cubano. Entre 1894 y 1898 se reiteraron los anuncios en prensa de diversas compañías de redención (la Sociedad Mompó, La Catalana, La Previsión, la Sociedad General de Padres de Familia...). Con un objeto idéntico a las compañías surgidas durante las décadas de los cincuenta y sesenta, estas sociedades aseguraban al mozo, especializándose, eso sí, en redenciones en la Península y en Ultramar³⁸.

La Caja de Seguros del Establecimiento de Mellado se creó en 1856. Este negocio contemplaba tres actividades interrelacionadas: la formación de capital —por medio de una caja de imposición denominada como «Instituto de Previsión»—, la creación de rentas y los *seguros mutuos* para la redención del servicio militar («Asociación Mutua»). La Caja se consolidó como una empresa rentable durante sus primeros años. Entre 1857 y 1859 abonó 1,5 millones de reales por dividendos a los asegurados³⁹. En 1860 se revisaron sus *Estatutos*, contemplando la posibilidad de que los capitales ingresados se dedicasen a la adquisición de títulos de la Deuda. Como garantías del negocio se añadiría, además de los siete millones en que estaba valorado el establecimiento tipográfico, una fianza especial sobre las propiedades inmobiliarias del propietario⁴⁰.

Durante el dilatado proceso de constitución de la Caja de Seguros, Mellado impulsó un negocio financiero y mercantil paralelo. Organizada en forma de sociedad en comandita, en enero de 1858 se formó la Caja del Comercio y la Industria. Su objeto era suficientemente vago como para poder cubrir diversas actividades. Formalmente se trataba de una compañía dedicada a «la explotación de las industrias que pudiesen convenir y facilitar las transacciones comercia-

³⁷ Las distintas vertientes que hacen a las quintas un negocio más —para el Estado y como actividad privada lucrativa—, en A. Feijóo *Quintas y protesta social en el siglo XIX*. Madrid, 1996, espec. pp. 341 y ss. Sobre el mismo aspecto puede consultarse también el trabajo de N. Sales de Buhigas *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos*, Barcelona, Ariel, 1974.

³⁸ Ocasionalmente las inserciones publicitarias de estas sociedades llegaban a copar planas enteras, como en el caso del anuncio de La Sin Rival publicado en *España Mercantil* el 5-XII-1894.

³⁹ *Establecimiento de Mellado...*, pp. 3-4.

⁴⁰ *Caja de Seguros y Seguro Mutuo de Quintas. Instituto de Previsión para formar capitales y redimir el servicio de las armas*, Madrid, 1860; *Las Novedades*, 29-IV-1861.

les». En la práctica, de una empresa financiera intermediaria y de una entidad de préstamos a particulares. Su capital inicial fue de ocho millones de reales. Ofertaba un interés anual a sus socios de un seis por ciento. Al año siguiente adquirió una pequeña sociedad que disfrutaba del monopolio de explotación de un género de carbón vegetal. Este paso supuso el inicio de las actividades industriales como un componente más dentro de la estructura empresarial conformada por Mellado⁴¹.

La definitiva articulación societaria de todas las actividades tiene lugar en 1864, al crearse el Banco Industrial y Mercantil. La constitución del Banco es consecuencia de las necesidades de capital. A finales de 1863 se produjo la liquidación de la Biblioteca Española, cuyo nominal era de 17 millones de reales. Paralelamente, se habían multiplicado los proyectos del editor, iniciándose la construcción de tres inmuebles en Madrid, inmediatos al establecimiento tipográfico, y se ultimaban las negociaciones para adquirir la Librería de Morizot en París. A su vez, se habían establecido ya los convenios relativos a la adquisición de las fábricas de fundición de Peñálcazar, Granada y Horcajuelo.

En septiembre de 1864 la prensa madrileña publicó el prospecto del Banco Industrial y Mercantil. Se presentaba como futura sociedad en comandita con un capital nominal previsto de treinta millones de reales. Su objeto sería el de la «adquisición, fundición y venta de minerales de los distritos mineros de España, la compra-venta inmobiliaria, la compra, impresión y venta de libros y otras operaciones industriales y comerciales. Como garantía, presentaba la amplia relación de negocios vinculados a la firma de Mellado, tasados en un total de cuarenta millones de reales⁴². Al mismo tiempo, informó también de la apertura de una sección de depósitos y cuentas corrientes. El interés de las imposiciones sería del seis por ciento anual, y el de las cuentas, de un 3,5. Como garantía se establecían treinta millones de reales del capital social del Banco Industrial y Mercantil⁴³.

La compañía quedó constituida el 1 de octubre de 1864. En la primera junta de suscriptores, celebrada en marzo del año siguiente, Mellado realizó un extenso panegírico sobre las bondades del negocio, basado en dos ejes esenciales. En primer término, y a pesar de su denominación, se presentaba ante la opinión pública como una sociedad «*extraña a los negocios de banca*», y, por tanto, alejada de los riesgos de cualquier clase —económicos, sociales o políticos— que podían incidir sobre las entidades puramente financieras. En segundo lugar, hacía gala del abanico de actividades empresariales ligadas a su imprenta, donde se interrelacionaban operaciones diversas como «medios com-

⁴¹ *Almanaque-Catálogo. Album pintoresco del Establecimiento Tipográfico de Mellado*, Madrid, 1860.

⁴² «Compañía Industrial. Banco Industrial y Mercantil», *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, 28-IX-64.

⁴³ «Banco Industrial y Mercantil. F. de P. Mellado y Compañía. Depósitos y Cuentas Corrientes», *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, 27-IX-64; «Banco Industrial y Mercantil, de F. de P. Mellado y Compañía, constituido el 1 de octubre de 1864», *La Correspondencia de España*, 5-X-64.

binados suficientes para sobreponerse y resistir a todo género de calamidades»⁴⁴.

El sesgo industrial, «que no puramente especulativo», quedaba reflejado en los diversos emplazamientos fabriles —localizados en Soria, Granada y Ciudad Real— dedicados a la fundición de minerales. El Banco contaba, además, con tres minas de carbón en la provincia de León, una calera en Villalba, y la participación de un 25% de en la sociedad anónima La Herculana, constituida con el objeto de construir un canal y un ferrocarril en la comarca de Sierra Almagrera. Todas estas inversiones suponían un activo de 10,1 millones de reales. A esta cifra debía añadirse la Caja de Seguros y Seguro Mutuo de Quintas, los inmuebles en Madrid y la Caja Universal de Ahorros, constituida con el objeto de canalizar imposiciones para la edificación de viviendas y su venta ulterior.

Pero el establecimiento tipográfico continuaba presentándose como el verdadero eje del Banco Industrial y Mercantil (Cuadro III). Incluía la imprenta, la recién adquirida librería de Morizot y el extraordinario fondo bibliográfico de la librería madrileña, integrado por 320.000 volúmenes. En un contexto donde todavía pervivía la fiebre societaria dirigida a constituir empresas de servicios financieros, Mellado destacó la trascendencia cualitativa de su principal actividad y su filosofía empresarial: «cuando se comprenda por todos que comprar un libro nuestro es lo mismo que hacer una imposición en una caja de ahorros, (...) sin riesgo y sin trabajo, entonces será cuando nuestro plan tendrá completo desarrollo»⁴⁵.

En la junta correspondiente a 1865 ya se aprecian, sin embargo, los primeros problemas de la entidad. El contexto general de crisis afecta negativamente a la rentabilidad prevista. A ello se añade la lentitud en poner al día explotaciones y establecimientos. Acabado el año, aún no han concluido las obras previstas en la imprenta. No obstante, Mellado se vanagloria del pago del primer dividendo, si bien anuncia la emisión inmediata de un paquete de obligaciones por un capital conjunto de dos millones de reales. Esta nueva operación de endeudamiento es justificada por la imperiosa necesidad de dinamizar las actividades industriales, incrementar la producción en las explotaciones mineras y lograr «una fabricación en gran escala»⁴⁶.

Un año después es inmediato ya el colapso del Banco Industrial y Mercantil (Cuadro IV). El negocio de Mellado ofrecía fallas insalvables provocadas por factores externos. El capital emitido ascendía a 24 millones de reales, los acreedores por diversos conceptos a 2,4 millones y el saldo de las diversas imposiciones a otros 5,1. Por el contrario, el activo o es de difícil realización (saldo de préstamos y anticipos), o está claramente devaluado (fincas e inmuebles, par-

⁴⁴ Banco Industrial y Mercantil de F. P. Mellado y Cía. *Memoria sobre la situación de esta sociedad en 31 de diciembre de 1864*, Madrid, 1865, pp. 5-7.

⁴⁵ *Ob. cit.*, pp. 8-11.

⁴⁶ *Memoria de la Junta General de Socios del Banco Industrial y Mercantil, celebrada el 11 de marzo de 1866*, Madrid, 1866.

Cuadro III. Establecimiento tipográfico de Mellado. Activo estimado en 1864

Imprenta y estereotipia	1.666.137 rs.vn.
Librería y derechos de propiedad	6.952.436 rs.vn.
Saldos de cuentas de España y América	1.312.724 rs.vn.

Cuadro IV. Balance de situación del Banco Industrial y Mercantil, 1864 y 1866

ACTIVO	1864	1865	1866
Títulos por emitir	—	—	3,7
Establecimiento tipográfico	9,9	10,7	7,9
Fábrica de fundición y minas	7,8	7,8	8,6
Librería extranjera	3,8	3,8	4,5
Fincas	2,1	1,1	1,1
Sociedades (La Herculana)	4,3	2,0	2,0
Préstamos y anticipos	0,8	1,6	1,7
Saldos cuentas corrientes	—	—	2,6
Caja	0,1	0,1	—
Caja de Seguros	2,0	2,0	2,0
Otros	0,3	0,7	—
	29,0	29,4	34,2
PASIVO			
Capital emitido	18,2	20,0	24,0
Obras literarias en depósito	0,8	1,1	1,1
Imposiciones:			
A cuenta voluntaria	—	—	1,9
A plazo convencional	1,1	—	2,0
De la Caja de Seguros	0,2	1,2	0,9
Caja de Comercio	0,1	—	—
Caja Universal de Ahorros	1,1	2,7	—
Librería extranjera	1,5	0,7	0,6
Fincas en Madrid	—	—	1,0
Pagarés emitidos	—	—	0,6
Efectos a pagar	—	—	0,4
Acreedores cuentas corrientes	0,9	3,4	2,0
Otros	5,2	3,6	—
	29,0	29,4	34,2

(En millones de rs. vn.)

Fuente: Banco Industrial y Mercantil: *Memorias* de los años citados.

tipación en la sociedad La Herculana). La crisis presenta, además, otras dos vertientes. La Caja de Seguros ha disminuido bruscamente su rentabilidad como consecuencia de la huida de suscriptores y a raíz de los cambios introducidos en los reemplazos por el Gobierno.

Por otro lado, tanto la producción industrial como, fundamentalmente, la venta de libros ha descendido de forma notable. En 1866, y por este último concepto, tan sólo se han obtenido unos beneficios que rondan los 200.000 reales. Además, el propio Mellado destacará los problemas internacionales (guerras de Italia, Austria y Alemania) como un factor añadido que entorpece la comercialización de los productos metalúrgicos y las publicaciones en el mercado europeo⁴⁷.

El temor expresado por Mellado a la hora de justificar la disolución de la Biblioteca Española —era una sociedad «personificada en su fundador» que «un soplo de viento podía aniquilarla en un instante»— se materializará en los meses siguientes. A inicios de los setenta, desbaratado ya todo el entramado empresarial, tuvo lugar la liquidación de la imprenta y la librería. Además de la maquinaria, se subastó el fondo editorial, la propiedad literaria y los materiales y efectos. Fue adjudicada en primera instancia a Carlos Bailly, aunque finalmente fue vendida al comerciante de libros Manuel Guijarro por un valor de poco más de 800.000 reales⁴⁸. Dos años antes había reaparecido *El Museo de las Familias*, publicada en la imprenta de Dionisio Chaule con una estructura similar a la que presentó durante su primera época.

⁴⁷ Memoria leída en la Junta General de Socios del Banco Industrial y Mercantil, celebrada el 31 de marzo de 1867, Madrid, 1866.

⁴⁸ J. A. Martínez Martín, «Libros y Librerías...», pp. 167-168.